

Un Precursor de la Historia Regional

José Tamayo Herrera

LA ANTIGUA RETORICA de la época colonial comprendía diversos géneros históricos, que hijos de su época, hoy han periclitado: la Cronología, las Crónicas, los Anales, las Memorias, las Vidas (antiguo y raro nombre de la biografía) y las "Relaciones". Estas últimas, las "Relaciones", pretendían ser la narración fiel de un magno suceso, de un hecho memorable en la vida de una ciudad, que merecía ser perpetuado para el conocimiento de las generaciones futuras. El objeto de las "Relaciones" era la descripción histórica de un hecho único, de una celebración, de una fiesta, que sucedían en un tiempo brevísimo (podríamos decir que en medio del artificio retórico lo que se pretendía era un discurso sincrónico); la aprehensión de un suceso singular, puramente acontecional, limitado a la más corta duración, a un aquí y un ahora contemporáneo del autor.

Si indagamos la historia regional del Cusco encontraremos la presencia de una vieja "Relación", de un documento histórico de la vida de la ciudad realmente notable. Aludimos a la "Relación del Cuzco" del sacerdote Ignacio de Castro, publicada en Madrid en 1795 y recientemente reeditada debido al celo de Carlos Daniel Valcárcel. Es ésta una de las pocas obras históricas que se ocupan de la historia local cusqueña (y por cierto mucho mejor escrita que las Noticias Cronológicas o los Anales de Diego de Esquivel y Navia). Esta obra singular (singular por el estilo y por la innovación, que pretendió ser una "Relación" *strictu sensu*, resultó sin embargo, gracias al genio de su autor, una primera aproximación a la historia regional del Cusco que bien merece ser examinada.

En sus páginas, el mensaje explícito y más todavía el implícito, transparentan con nitidez la vida de la región cusqueña a fines de la época colonial, tiempo preñado de peligros y promesas, y por eso mismo semejante al nuestro y por eso también próximo a nosotros pese a su lejanía. En este corto artículo pretendemos descubrir el mensaje que oculta la "Relación del Cuzco" y rastrear la mentalidad que subyace entre las páginas del libro de Castro y la forma en que este sibilino y casi criptográfico autor nos muestra, sin decirlo expresamente, la realidad de una época de la ciudad del Cusco.

Castro, a pesar de sus remanentes gongorinos y del abuso del hipérbaton, se caracteriza por su estilo moderno. Es un afrancesado con resabios culteranos, lleno de galicismos que se repiten con reiterada insistencia y de cuyo uso se precia al confesarlo sin ambages. Cita y alude a los autores ilustrados de su tiempo en forma repetida y continua, y su modernidad y originalidad residen en que lejos de escribir una "Relación"; a la manera tradicional, exclusivamente sincrónica, se introduce con vigor en la dimensión diacrónica, utilizando el pasado de la ciudad y usando la analogía de las épocas, y el contraste de los diversos momentos históricos del Cusco. Como un historiador contemporáneo, Castro explicita consciente y deliberadamente el método que usa y el marco de referencia que lo informa. Su método consiste en comparar el Cusco incaico con el Cusco de 1788. Con ello innova el árido tema de las "Relaciones", demasiado actualistas; y burla con sagacidad la censura, dejándonos adivinar la verdadera intención de su pensamiento. Su marco de referencia es el de un hijo de la Ilustración, ávido lector y citador de autores franceses y giros borbónicos; y que pese a su estilo natural sigue utilizando el antiguo método escolástico de acumular citas y oponer unos autores a otros para transmitir su propio pensamiento.

Castro es consciente de las limitaciones del género histórico que usa, no le gustan las "Relaciones", cosa que nos dice al teorizar sobre las formas, características y requisitos de una "Relación"; pero como escribe por encargo, y casi obligado por las

circunstancias, trata de aprovechar en la mejor forma el instrumento intelectual que le han dado.

El primer rasgo de su pensamiento es su entusiasta incaísmo, fruto de intensas lecturas y reflexiones sobre los temas del Inca Garcilaso. Citando a Puffendorf y Jaucourt idealiza el sistema jurídico y político de los Incas; el suyo es un incaísmo garcilasiano en que los emperadores Hanan Koskos, aparecen como los paradigmas que crean la legislación agraria y de bienestar social más avanzada del mundo (pioneros o primera insinuación teórica de un Welfare State).

El mito garcilasiano de la “conquista amistosa” y de la suavidad del gobierno incásico se repite una y otra vez; al mismo tiempo que la admiración por la obra material de los antiguos reyes del Cusco: caminos, fortalezas, derroche de oro y plata, sobre todo la abundancia de estos últimos, con cuya hipérbole, Castro nos deja entrever su fijación mercantilista.

Pero Castro se vale asimismo de los Incas para criticar los errores de la burocracia española. El sistema de los Hanan Kosko era superior porque éstos hacían participar a los vencidos y conquistados en el gobierno del imperio. Por el contrario, la burocracia peninsular es excluyente y exclusivista y además ineficaz (los muchos agentes intermedios que impiden que el monarca se percate de los problemas de las colonias); y la postergación de los criollos, los mestizos y los indios (los vencidos que no son llamados a cogobernar el reino, como sí lo hacían los Incas con los pueblos que sometían).

Castro es el primer escritor moderno (no barroco o escolástico), en que se hace presente un apasionado incaísmo, y que nos prueba el grado de influencia que el mito garcilasiano tenía entre los ilustrados de su época. Es, además, el precursor del movimiento incaísta del siglo XIX cusqueño, cuyos representantes más notables serán Pío Benigno Mesa, José Palacios, José Manuel Valdéz y Palacios y el enigmático Fernández Nodal.

Su incursión en la historia local se hace visible cuando analiza el "estado presente de la ciudad del Cusco". La ciudad de fines del siglo XVIII aparece en sus páginas, en una exposición de las cuatro clases que conforman la sociedad cusqueña; en el estudio de la demografía (las causas de la infecundidad de las familias nobles), la estructura de clases, la gran preponderancia de los indios (las dos terceras partes de la población citadina) y el uso universal del quechua. Sus observaciones sobre las enfermedades, los hospitales, la "explosión clerical" de la época, la abundancia de conventos (una sociedad de frailes, monjas y beatas) parecen actuales por la temática que toca. Las informaciones sobre la producción de alimentos, y la abundancia y variedad de éstos. Las exportaciones de azúcar y tejidos al Alto Perú, la decadencia de los grandes obrajes, antes que por razones externas, por la coyuntura social de la época y por la multiplicación prodigiosa de los chorrillos que los reemplazan y que siguen produciendo para la exportación y el mercado interno y que ya conocerán la depresión y la crisis a partir de 1825. Los datos de Castro permiten inferir que la decadencia de los obrajes cusqueños, examinada por Moscoso, es antes que nada una sustitución de estas grandes "fábricas" de trabajo semiesclavo, por innumerables chorrillos o "industrias" familiares, en los que podríamos llamar una proliferación de la artesanía doméstica, que se extiende en amplitud sobre un gran sector social (campesinos-artesanos) y a quien sólo el libre comercio dará el golpe de gracia en los veinte años trágicos (1830-1850).

Las reflexiones de Castro sobre el Corpus y sobre la milianochesca riqueza de los altares y los arcos, repletos de plata, y sobre el suelo embaldosado con barras argentíferas. El derroche de placeres (culinarios y sexuales), y el paganismo disimulado bajo el nombre cristiano de la gran fiesta barroca del Cusco, muestran la faceta opulenta de una sociedad de riqueza-miseria extremas, que arroja las arcas en el lujo fachendoso de la vanidad de los mayordomos, padrinos y *carguyoc* del Corpus cusqueño, que compiten para ofrecer la magnificencia de lo formal, en un cristianismo aparente, vacío de verdadero mensaje. Junto a esta fiesta de las vanidades humanas, en que los grandes compiten por

mostrar sus tesoros y encubrir sus egoísmos, los mendigos del Cusco proliferan miserables entre atrios, procesiones y arcadas, no debido al "ocio natural" que Castro señala, sino a la pobreza de las masas del Cusco, que sobreviven apenas con las migajas de los poderosos.

Sociedad dividida e injusta, contradictoria y convulsionada, aparece nítida en el libro del expositor tacneño, verdadero muestrario de la vida regional y colonial, donde se vive de esperanzas ilusorias.

El objeto del libro es describir las fiestas con que el Cusco celebró la creación de la Audiencia en 1788. Castro que es, o se hace el monárquico y el fanático realista (no hay que olvidar que el autor escribió por encargo y quizás hasta un poco contra su voluntad y que tiene que respetar el lenguaje oficial de la época para no ser censurado) se esmera en señalar la sabiduría y generosidad de Carlos III, al darle al Cusco un tribunal de justicia.

Y los cusqueños que apenas acaban de conocer la violencia del gran rebelde de Tungasuca, y cuando todavía las heridas de la rebelión no han cicatrizado, cifran según Castro, todas sus esperanzas, todas sus ilusiones políticas en la creación de la Audiencia. Con la Audiencia "habrá justicia, equidad, progreso, prosperidad". El Cusco que "nunca recibió leyes ajenas volverá a darlas" es la quimérica promesa con que el lejano Borbón (Carlos III) trata de enfriar los rescoldos de la temida rebelión todavía tan próxima. La ilusión por recobrar la capitalidad perdida, y ver reafirmada la autonomía del Cusco les hace concebir a sus habitantes que la Audiencia traerá una etapa nueva y que la nacionalidad indígena, cuyos líderes y cuyos símbolos acaban de ser enterrados por una represión feroz, encontrarán un nuevo y alentador medio para aprender a ser súbditos fieles del lejano monarca. Vana ilusión, la tardía Audiencia del Cusco, no será, como en el resto de América, el núcleo de una nueva nacionalidad o Estado, sino por el contrario, sólo un tribunal burocrático, (atmósfera ideal para leguleyos y escribanos), y que lejos de robustecer el gobierno local se convertirá con el tiempo en una magistratura decorativa e impotente que hará más inmediata la

crisis y más próximo el estallido de la solución violenta (1814).

El reformismo borbónico e ilustrado (tan parecido al reformismo castrense de los tiempos actuales, en que siempre se trata de revolucionar desde arriba), en su afán de encauzar las fuerzas sociales que la rebelión ha desatado, fracasará estrepitosamente. La Audiencia, tan esperada, festejada y esperanzadora no servirá al fin para nada y lejos de ser el instrumento de la justicia y la redención, lo será del absolutismo fernandino y abascalino. Cuando la rebelión de los Angulo, la Audiencia será por el contrario la fuerza antipopular donde se refugiarán los espíritus coloniales, en su afán de hacer sobrevivir su predominio. Como institución regional tampoco significará nada, no cumplirá el papel de "formadora de la nación", de las otras Audiencias de América, y se extinguirá como un simple tribunal de justicia, intoxicado de un legalismo tardío.

De modo que la gran celebración, objeto de la "relación" que nos ocupa, y que los cusqueños festejaron con tanto dispendio y entusiasmo, no será a la larga sino un acto intrascendente y vacío y los esfuerzos de Castro por inmortalizarlo en su obra fundamental, no le darán relieve a aquello que la historia dejó de lado, y con el tiempo, más importante será el documento literario, la "Relación" misma, y no el acontecimiento que la produjo. Al final las fiestas serán sólo un pretexto, para que un hombre intuitivo y sutil nos legara una imagen del mundo cusqueño de fines del siglo XVIII. La celebración resultó vana, pero el pretexto no; puesto que nos legó un testimonio de la historia cusqueña, escrita con visión de cusqueño, y que ilumina el contexto de los últimos años de la dominación hispánica.

Castro gracias a la "Relación" será también el primer esteta cusqueño, uno de los pocos que reflexiona sobre el arte pictórico del Cusco colonial, tan incomprendido y tan desconocido hasta hoy; y el Rector de San Bernardo del cual Valcárcel dice que fue maestro de la generación que luchó por la Independencia, será el misterioso personaje, a través de cuyas enseñanzas se sembraron en el Cusco las ideas de la Ilustración y de la Enciclopedia. Porque como ya dijimos en nuestro **Esbozo para una Historia de las Ideas**

en el Cusco, en Castro, esteta, humanista y afrancesado, encontramos ya el anuncio del hombre nuevo, las ideas y el estilo del pensamiento del siglo XIX.

Castro es además un personaje sobre el cual hay aún mucho que investigar en relación con Túpac Amaru. No en vano Benito de Matta Linares afirma que fue el consejero principal del obispo Moscoso y Peralta y un verdadero oráculo de su tiempo. Castro, si no un partidario declarado de Túpac Amaru, es un simpatizante escondido, que se guarda muy bien de manifestarlo. El astuto clérigo hace como que denostara de Túpac Amaru, pero deja traslucir la tremenda impresión que causó el estallido indígena en el sector más culto del Cusco del siglo XVIII, y sus palabras tienen más valor porque se trata de un testigo presencial y por lo tanto, privilegiado.

En la "Relación", Castro nos dice que más de 20,000 personas buscaron refugio en la ciudad en 1780. Fácil es imaginar que hacendados, comerciantes, mineros y burócratas de todas las provincias del Cusco, huyeran en masa, ante la rebelión de la población indígena, sobre y de la cual vivían. (Suceso parecido ocurrió con la fuga de los hacendados desde sus propiedades hacia la seguridad del recinto urbano, durante algunos momentos de la rebelión campesina de 1961-1964).

El "Indio atrevido", a quien Castro finge atacar en su "Relación" se proponía en opinión del rector de San Bernardo "restablecer la monarquía incaica" y aspiraba a ocupar el solio de los monarcas españoles. Era pues un emancipador, y no un simple rebelde contra los abusos de la burocracia colonial. "Sorprendió con golpes inauditos...", el Cusco de su época tembló de pavor; e incitó a los indios urbanos (el 660/o de la población citadina) a unírsele. Pero las masas indias de la ciudad, eficazmente controladas por las clases dominantes, no parecen oírle y por el contrario colaboran con los españoles. Y por eso, por la inconsciencia de sus masas populares, el Cusco recibe del rey el apelativo de "fidelísima". Pero no es por ello que Carlos III les regala una Real Audiencia a sus fieles súbditos cusqueños, sino

porque sabe que una de las grandes banderas de la rebelión ha sido precisamente el establecerla en el Cusco. El reformismo borbónico se apropia de la bandera de la rebelión y pretende aprovechar el sentimiento unánime en favor del establecimiento de la Audiencia.

Lugar aparte en la "Relación" de Castro merece lo que llamaríamos la "historia de la fiesta", tema hoy tan caro a los historiadores franceses contemporáneos. Los desfiles, las corridas el despliegue pirotécnico, las representaciones de danza, teatro y mimo, los saraos, con sus helados y mistelas, aparecen nítidos y fecundos en esta historia local, hasta hoy no explotada por los investigadores actuales. Pero hay un aspecto de las fiestas en que la mano de Castro introduce un tema polémico. El rector de San Bernardo y autor de la "Relación" organiza un acto académico, en que la disertación más importante no es un tema teológico o filosófico, tradicional o anodino. Por el contrario el alumno de Castro (dato que robustece su papel como difusor de ideas políticas) elige un tema de ciencia política, una disertación acerca del gobierno más conveniente para los Estados, en que además de almibarados elogios para la monarquía hay un propósito oculto de hacer conocer al público la importancia del Derecho Político y la Teoría del Estado. No podía buscarse un tema más comprometedor en una ciudad y una región donde un estallido revolucionario ha cuestionado precisamente la cuestión del poder. Ciertamente que la disertación para pasar la censura se hace en un latín que la mayoría no entiende, pero la intención queda; el propósito de estudiar los diversos sistemas políticos comparando la democracia, con la aristocracia y la monarquía muestran dos facetas que deben ser señaladas: la libertad con que en el Real Colegio de San Bernardo del Cusco se habla de la ciencia política (libertad qué duda cabe, es la creada por Castro, su rector) y la intención con que discurre delante de los representantes del rey: los flamantes odores. Pero bajo el disfraz del latín la inquietud política que la esperanza de la Audiencia despierta en los cusqueños, parece filtrarse a pesar de la censura y del régimen policíaco con que el régimen colonial se defiende de las ideas nuevas.

La “Relación” de Castro, discurso histórico, entremezclado con la moda erudita y la divagación filosófica, muy en boga en su tiempo, permiten sin embargo, dibujar una historia regional que se trasluce en sus páginas.